



Vol. 8, No. 2, Winter 2011, 375-377
www.ncsu.edu/project/acontracorriente

Review/Reseña

Edgardo Dobry, *Una profecía del pasado. Lugones y la invención del "linaje de Hércules"*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2010.

Lugones y la Tradición Nacional

Pablo F. Martínez

Universidad de Buenos Aires/CONICET

Dos escenas de lectura cargan con una fama extraordinaria en la historia argentina. Una es la de un campesino que, en una pulpería perdida en la pampa o en torno de un cansado fogón después del trabajo rural, lee a otros campesinos *Martín Fierro*, el poema gauchesco de José Hernández, en voz alta. La audiencia, analfabeta, escucha con atención y saborea los versos, poniendo esfuerzo en retener la historia y memorizar estrofas y refranes. Su sorprendente éxito debió bastante a este tipo de prácticas de lectura que lo acercaban a un público popular durante décadas, pero no fue suficiente para garantizar un lugar en el incipiente canon literario argentino. La otra escena, muy transitada por la crítica literaria y la historia cultural de los últimos treinta años, es la de un poeta culto, Leopoldo Lugones, que desde el escenario del teatro

Odeón de Buenos Aires, pronunció en 1913 una serie de conferencias con el objeto de demostrar que era justamente ese libro—publicado como folleto en 1872 y continuado en 1879—el llamado a ser la base no sólo de la literatura sino de la nacionalidad argentina. De esas conferencias, tres años después, y con significativos cambios y agregados, saldría el libro *El payador*, en el que Lugones repite su interpretación del *Martín Fierro* como una épica nacional y, en consecuencia, como la base de la identidad argentina, en un país en que a las angustias identitarias comunes entre los de formación tardía se sumaban las provocadas por el mayor proceso inmigratorio (voluntario) de la historia moderna.

Edgardo Dobry, un crítico argentino que completó su formación en España, donde hace varios años que reside y trabaja, ha realizado el estudio sobre *El payador* más completo y extenso hasta el momento. En *Una profecía del pasado*, Dobry desmenuza los argumentos de Lugones a la hora de proponer una identidad nacional en términos lingüísticos, culturales, étnicos y políticos. A través de la exhibición de una erudición abrumadora—aunque no siempre precisa—y de la organización discursiva de sus hipótesis, Lugones logra, según Dobry, establecer un pacto con la elite social y política de los años del Centenario, que al aceptar su versión de la tradición nacional lo ungen también como el poeta nacional, es decir, en la auténtica autoridad capaz de dirimir las disputas culturales. La eficacia de la intervención de Lugones fue tal que es hoy un lugar común de la historia literaria explicar la condición de “clásico” que se le atribuye a *Martín Fierro* como su inevitable consecuencia. En ese sentido, la propuesta de Dobry recoge algunos trabajos recientes, como los de María Pía López, *Lugones, entre la aventura y la cruzada* (Colihue, Buenos Aires, 2004), y de Miguel Dalmaroni, *Una república de las letras* (Beatriz Viterbo, Rosario, 2006).

Sin embargo, en este libro se exploran también dos conexiones menos transitadas para el ensayo de Lugones. Hacia atrás, Dobry explica la operación cultural de Lugones como un “cierre” (desviado, imprevisto) de la pregunta por la identidad nacional instalada en la Argentina por el grupo de escritores románticos: lo que define a los argentinos es su particular versión del gaucho, cuya cultura no proviene de la española humanista y católica, sino que, atravesando la Provenza

medieval y la España conquistadora, se remonta a la Antigüedad griega. El gaucho es así un continuador del “linaje de Hércules”; el argentino ideal, una combinación de guerrero y poeta. Y hacia adelante, la línea trazada lleva a las múltiples operaciones críticas de Jorge Luis Borges con la obra y la figura de Lugones, desde la parodia juvenil al elogio tardío, cuando el lugar de “poeta nacional” ya había perdido su carácter hegemónico y era Borges quien ahora intentaba—y lograría—ubicarse en el centro del sistema literario argentino. La última afirmación sería tema de otro ensayo, pero prueba de ello es que el mismo Dobry toma como una conclusión posible de la historia literaria la *boutade* borgesiana de que en los poemas que Lugones publica en la primera década del siglo estaban ya las líneas estéticas centrales de la vanguardia de los años veinte.

Por otro lado, la exploración del contexto histórico lo lleva a postular un “paso” del modernismo al nacionalismo en el derrotero vital de Lugones; esta hipótesis—un poco difícil de sostener en tanto el modernismo, pese a su marcado cosmopolitismo fue también americanista y localista—lo lleva a suponer una auténtica estrategia del poeta cordobés a la hora de plantear su “pacto” con la elite, atribuyendo un dominio exagerado de los actores históricos sobre sus propios actos. Si, como sostiene Dobry, “para erigir un proyecto nacional se llena el vacío histórico con una genealogía gloriosa” (189)—ésta es la “profecía del pasado”—, cuesta suponer que ese resultado final ha sido resultado exclusivamente de los amañados argumentos de Lugones. Habría que considerar, al menos, no sólo las numerosas elaboraciones críticas previas y contemporáneas a *El payador*, sino también, sobre todo, la inmensa popularidad, de la que la lectura comentada al principio de este texto es sólo una muestra, y—si todavía cabe plantearlo en estos términos—el innegable valor estético del poema de José Hernández.